

Hermanos amados de IBG, qué bendición estar nuevamente reunidos en el nombre del Señor. En nuestras reuniones anteriores, estuvimos meditando en los dos primeros versículos de esta gloriosa epístola a los Efesios, donde el apóstol Pablo se presenta como “apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios”. No era solo una forma de identificarse, sino una poderosa afirmación de que su ministerio era fruto del propósito soberano de Dios, quien transforma perseguidores en enviados y rebeldes en instrumentos de su gracia.

También meditamos en los destinatarios de la carta: “los santos y fieles en Cristo Jesús”. No una élite espiritual, sino hombres y mujeres comunes, regenerados por gracia, apartados por Dios, y unidos a Cristo. Nuestra santidad no es un mérito, es una posición otorgada por nuestra unión con el Santo. Y vimos en la salutación que la gracia y la paz no son palabras vacías, sino realidades eternas que definen nuestra relación con Dios. Él nos dio gracia cuando estábamos muertos, y nos reconcilió mediante la cruz para que ahora poseamos paz con Él.

Hoy, al entrar en los versículos 3 al 6 de Efesios 1, quiero invitarles a reflexionar en lo que he titulado: **“Alabanza a Dios por escogernos”**. Esta sección, hermanos, es un desborde de adoración. En el original griego, del versículo 3 al 14, todo es una sola oración. Pablo no se detiene, no pone puntos, su alma está tan encendida de gozo y gratitud, que no puede dejar de alabar.

Esto no es mera doctrina fría, es una doxología, es decir, una alabanza trinitaria, centrada en la obra redentora de Dios. F.F. Bruce la llama “una oración magnífica de bendición”, y A.W. Tozer decía que meditar en Efesios 1 es como entrar al lugar santísimo: solo el alma redimida puede hacerlo sin ser consumida.

Y les confieso, hermanos, que mientras meditaba en este pasaje, pensaba en la frase popular: “nadie sabe lo que tiene hasta que lo pierde”. Pero me preocupa algo más profundo aún: que muchos no valoren lo que tienen porque no lo conocen. ¿Somos verdaderamente conscientes de nuestra salvación? ¿De lo que Dios ha hecho por nosotros en Cristo? ¿Saltó nuestro corazón hoy al mirar los símbolos de la Cena del Señor?

Pablo comienza con una explosión de gratitud:

“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo” (v. 3).

Esta es una bendición incomparable. Pablo no está simplemente agradeciendo, está exaltando, glorificando, adorando al Dios que lo bendijo. Y esa palabra “bendito” es única en el Nuevo Testamento para referirse exclusivamente a Dios. No es un deseo de bienestar hacia Él —porque Él no necesita nada—, sino el reconocimiento de su gloria, de su majestad, de su gracia inmerecida.

Y ¿qué bendiciones son estas? Pablo las enumera con claridad:

- **Nos escogió** (v. 4)
- **Nos predestinó** (v. 5)
- **Nos adoptó como hijos** (v. 5)

- **Nos hizo aceptos en el Amado** (v. 6)

Todo esto es una obra soberana de Dios. No se trata de que nosotros hayamos buscado a Dios —porque no lo hicimos—, sino que Él nos buscó, nos amó y nos escogió.

Pablo dice:

“Nos escogió en Él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de Él” (v. 4).

Hermanos, esto es extraordinario. Dios nos escogió antes de que existiera el mundo, antes de que existiera el pecado, antes de que tú o yo siquiera pensáramos en vivir. ¿Con qué fin? Para que fuésemos santos. No para que fuéramos solo librados del infierno, sino para que fuésemos transformados, santificados, y presentados irreprochables delante de su gloria.

La elección no fue una reacción al pecado del hombre. Fue un decreto eterno, un propósito divino anterior a toda creación. Como dice 2 Timoteo 1:9, fuimos salvados “no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos”.

Esto, hermanos, debe acelerarnos el corazón más que cualquier emoción terrenal. Como aquel joven enamorado que iba en camino a ver a quien amaba, y al acercarse sentía que el corazón se le salía del pecho, así debería ser nuestro gozo al contemplar la elección divina. ¿Quién soy yo, Señor, para que me hayas escogido?

Y no solo nos escogió:

“En amor, habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad” (v. 5).

La predestinación no es una doctrina fría. Es una expresión del amor de Dios. Él nos predestinó con ternura, con propósito, con afecto. Y esa adopción nos lleva a tener el mismo Padre que nuestro Señor Jesucristo. Como Él dijo en Juan 20:17: “Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios”. ¡Somos parte de su familia!

Y todo esto, dice el texto, es:

“para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado” (v. 6).

Ese es el propósito final de toda esta obra: que la gracia de Dios sea exaltada. Que su gloria sea alabada. Que nuestras vidas enteras se conviertan en una ofrenda viva de gratitud por haber sido aceptados en Cristo.

Hermano, si tú entiendes esta verdad, no podrás quedarte igual. La santificación ya no será una carga, sino una bendición. Ser transformados a la imagen de Cristo es un privilegio. No es un peso, es una gloria. Porque fuimos escogidos no por obras, sino para ser santos.

Que esta verdad nos sacuda. Que nuestro corazón salte de gozo. Que nuestras vidas rebose de gratitud. Y que como Pablo, podamos decir:

¡Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo!

Amén.

